

Yo: el resto de nosotros

Una revisión experiencial del duelo



NADAL VALLESPÍR¹

A Nelly

Ahora «nosotros» se ha diluido en «yo».

Julian Barnes, *Niveles de vida*

Entre la pena y la nada, elijo la pena.

William Faulkner, *Las palmeras salvajes*

En general, hablamos de duelo cuando debemos enfrentarnos a diversas situaciones de pérdida: frustraciones, fracasos en la búsqueda del éxito, ausencias, separaciones, abandonos o muerte. Empleamos el término, a mi parecer, de una manera excesivamente amplia, tal vez hasta banal, en vez de reservarlo para la mayor pérdida que podemos padecer los seres humanos en cualquier momento de nuestras vidas, como es la muerte. El duelo por antonomasia es el duelo por la muerte de un ser amado. Allouch (1995/1996), unas líneas después de hacernos partícipes de la pérdida de una hija, sostiene que la muerte del hijo es el caso paradigmático del duelo (p. 22). Por mi parte, pienso que no deberíamos tomar un caso como paradigmático del duelo: la intimidad de la muerte y del duelo excluiría todo modelo.

Pero abordemos las parejas que se sienten relativamente felices. ¿Se quieren hoy más que ayer pero menos que mañana? No es lo frecuente. Continúan deseándose y su amor es placer más que pasión: han sabido transformar la locura amorosa de sus comienzos en gratitud, en lucidez, en confianza,

1 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. nadal@adinet.com.uy

en cierta felicidad de compartir. La ternura es una dimensión de su amor, pero no la única. Existe también la complicidad, el sentido del humor, la intimidad, el placer explorado y reexplorado; existen esas dos soledades cercanas, *habitadas la una por la otra*, existe esa familiaridad, existe ese silencio, existe esa apertura de ser dos, esa fragilidad de ser dos. Hace tiempo que renunciaron a ser solo uno. Han pasado del amor loco al amor a secas y estaría errado quien viera esto solo como una pérdida o como una banalización. (Hornstein, 2015, párr. 10; cursivas mías)

La pérdida real acontece cuando uno de los dos muere; la fragilidad de ser dos se hace más ostensible al quedar solo uno, al diluirse «nosotros» en «yo».

No hay duelo sin amor y sin deseo. Son inseparables. Y esta conjunción se expresa dolorosamente en la sensación de vacío, la angustia, el sufrimiento o el desasosiego que acompañan la muerte de la compañera o el compañero de muchos años o de casi toda la vida, o la de un hijo o una hija. Afortunadamente, no me tocó vivir esta última experiencia. Pienso, de todos modos, que hay una diferencia esencial (que no determina, sin embargo, que una muerte sea más o menos asoladora que la otra). Cuando quien muere es un hijo o una hija y la pareja se mantiene unida (lo que no siempre ocurre), ambos padres podrán transitar el duelo en mutua compañía. Si muere el compañero o la compañera, se pierde por el mismo hecho al compañero o a la compañera de duelo. Si han tenido hijos, estos podrán compartir el dolor de aquel de sus padres que continúe con vida, acompañarlo, ayudarlo, sostenerlo, pero no es lo mismo: la forma de relacionarse, las vivencias, los recuerdos (a veces, de toda una vida juntos) difieren considerablemente si comparamos ambos casos. En general, además, los hijos han constituido su propia familia y son solicitados por ella.

Yo me referiré principalmente al duelo por la muerte de la compañera. Y, como siempre sucede en psicoanálisis, la literatura nos brindará un aporte fundamental. Para corroborarlo, además de lo que supone mi propia experiencia personal, recurriré al testimonio escrito de dos excelentes narradores británicos: Julian Barnes y John Berger.

Tres mujeres: Patricia (Pat), Beverly, Nelly. Tres hombres: Julian, John, Nadal. Los dos primeros, sin conocerme, sin saber de mi dolor, escriben

sobre el suyo, lo comparten y, de esa forma, el suyo, el de ambos, el de cada uno, se roza con el mío, reverbera en el mío y en mi propio escrito², destinado como los de ellos a elaborar lo «inelaborable» y, en el decir de mi querido amigo Daniel Gil, a transmitir lo intransmisible. Paradojas del «trabajo de duelo», si así lo podemos llamar, que bordea o quizá entra de lleno en lo imposible, pero no por eso cesa en su propósito. Y es como alguna vez expresé, creo que certeramente, una analizante: «El dolor no se atenúa con el tiempo; se aprende a convivir con él». Y *duelo* proviene del latín tardío, de *dolus*, *dolor*. Dolor que no nos abandona(rá) o, mejor, que nosotros no quer(r)emos abandonar. Porque abandonar el dolor es renunciar al amor.

Crees que el Año Dos no puede ser peor que el Uno, y te figuras que estás preparado. Crees que has sufrido todos los diferentes tipos de dolor que te ha tocado sobrellevar y que después solo habrá repetición. Pero ¿por qué la repetición tiene que significar menos dolor? Las primeras repeticiones te invitan a contemplar todas las que se producirán en los años futuros. La aflicción es la imagen en negativo del amor; y si puede haber una acumulación de amor a lo largo de los años, ¿por qué no de dolor? (Barnes, 2013/2014, p. 109)

Creo que ciertas fechas, como el aniversario del casamiento o de otros acontecimientos significativos en la vida de la pareja, cumpleaños o Navidades, al repetirse año a año ocasionan una sobreinvestidura de la representación de la persona amada y perdida, incrementando el dolor de la pérdida. Nasio (1990/1991) sostiene que «el dolor del duelo no es dolor de haber sufrido una pérdida, sino dolor de reencontrar lo que se perdió, sabiéndolo uno irremediabilmente perdido» (p. 107). Lo que se perdió es reencontrado en los recuerdos, en los hechos, en los lugares que vuelven a poner delante de nuestros ojos la representación de ese ser amado irremediabilmente perdido. Y que relevan —o vuelven a relevar, a poner de relieve— la soledad en que nos sumió su muerte (por más acompañados

2 Vallespir, N. (2015). *Solo el amor consigue encender lo muerto*. Trabajo inédito.

que podamos estar realmente). Las fechas anteriormente mencionadas no pueden desligarse de esos recuerdos, hechos y lugares. Freud (1926 [1925]/1979) ya había señalado en *Inhibición, síntoma y angustia* que la sobreinvertidura de la representación del objeto amado y perdido causa mayor dolor (pp. 160-161).

Se nos impone otra vida, una vida diferente, que debemos aprender a vivir. Barnes (2013/2014) se pregunta: «¿Cómo [los pasajeros de un autobús] podían estar allí sentados ociosamente, ignorantes, con aquel perfil de indiferencia, cuando el mundo estaba a punto de cambiar?» (p. 85). Aprendizaje difícil de dudosa eficacia. Próximos o, más aun, contiguos en el sufrimiento y en el tiempo, aunque distantes en el espacio, damos cuenta casi simultáneamente en nuestras creaciones de ese paradójico intento.

Tres estilos, tres modalidades disímiles de homenajear a la mujer amada y perdida, y de encarar en la escritura el amor, la muerte y el duelo: Barnes (2013/2014) lo hace de forma autobiográfica y sin nombrar a Patricia (aunque sí cuenta sus «conversaciones» con ella); J. Berger (Berger y Berger, 2014/2015) dirige su relato a Beverly, «habla» con ella, su compañera de duelo, por más que el duelo sea originado precisamente por su muerte; en mi caso, recurro a un relato ficcional, a personajes —principalmente uno, el Viejo de Lyon, quien ha existido realmente— que revelan mis sentimientos y reflexiones (si puedo denominar así a pensamientos forjados y desprendidos de la matriz del dolor y de la angustia).

Tres estilos, tres modos desemejantes de testimoniar afectos y pensamientos, de testimoniar el inmenso amor y el hondo sufrimiento, la intensidad de un duelo indisolublemente unido al amor, que es su razón de ser. Duelo por la mujer amada y deseada. Lacan (1960-1961/2003) resalta la fuerza de las determinaciones lingüísticas y la importancia de que «el deseo ha adquirido en la conjunción de las lenguas románicas la connotación de *desiderium*, de duelo y de añoranza» (p. 250).

Las concepciones dominantes sobre el duelo no deberían mantenerse inalterables en quienes hemos atravesado la aterradora experiencia de vivir la muerte de la persona amada, de la mujer que elegimos y nos eligió para acompañarnos mutuamente en la aventura de la existencia. La teoría no puede menos que quedar en suspenso cuando se instala —bruscamente, brutalmente, sin un asomo de piedad— la muerte, tan

imprevista como, sin embargo, aguardada porque sabemos de su inexorabilidad. Otra paradoja.

Todas las palabras se acallan, todo discurso se detiene ante el agujero real que supone la muerte, Amo absoluto, al decir de Lacan, que nos acongoja, nos conmueve, prolongándose, extendiéndose, afincándose en nosotros como un vacío que se rehúsa a ser colmado. No hay palabras, solo balbuceos; no hay *imaginarización* posible: no la podemos cercar; la muerte se fuga en un real inaccesible, hundiéndonos en un sufrimiento infinito. Me asalta la mente la película *Orfeo* de Jean Cocteau. ¿Desenmascara Orfeo el real, se introduce en él, franqueando su velo imaginario, cuando traspasa el espejo que le permite acceder al inframundo, al averno, a los infiernos, para procurar rescatar a Eurídice de la muerte?

¿Qué hacer, entonces, con las letras, con las palabras? Vuelvo al principio, a la denominación de estas Jornadas³, al quehacer con las letras, con las palabras, a ¿qué hacer con ellas?, a su escritura, a intentar que hablen del duelo y nos ayuden a transitarlo (no digo a elaborarlo o procesarlo o tramitarlo, porque es «inelaborable»). Y retorno a las tres mujeres, a los tres hombres, a los tres estilos, a la transmisión intransmisible del dolor, del vacío, del sufrimiento fundidos con «el amor [que] todo lo puede, y nos hace mejores» (Butazzoni, 2014, p. 757), para ahora sí reiniciar la teoría y, si es posible, confrontarla con las vivencias experimentadas y exteriorizadas en los tres relatos. Exteriorización incompleta, a medias, porque el lenguaje resulta siempre insuficiente para vehicular vivencias que se resisten a las palabras, a ser trasladadas por ellas.

EL AMOR

La atención irrestricta que prodigaron a mi esposa tanto nuestros hijos como nuestra nuera desde el instante en que se le diagnosticó la devastadora enfermedad es una muestra elocuente e inequívoca del amor irrenun-

3 Este artículo fue presentado en las VI Jornadas de Literatura y Psicoanálisis: «Qué-hacer con las letras: Texturas del psicoanálisis y la literatura». Centro de Intercambio de APU, 1 y 2 de abril de 2016. Montevideo, Uruguay.

cialable que se profesaban mutuamente. Durante su padecimiento, nuestra hija le envió un mensaje de texto. Entre otras cosas, le decía: «Si me dan a elegir entre todas las vidas del mundo, no lo pienso un segundo, me quedo con esta. [...] Aunque sea un momento muy duro, sentir dolor es vivir y el amor que tenemos nos sobra». Sentir dolor es vivir, es vivir el amor. Vuelvo a Barnes (2013/2014): «El dolor demuestra que no has olvidado; el dolor realza el sabor del recuerdo; el dolor es una prueba de amor» (p. 137). El dolor, como el amor, mantiene la ligazón con la persona muerta. J. Berger (Berger y Berger, 2014/2015), cuya elegía revela su maravilloso y conturbador amor a Beverly, se (le) pregunta: «¿Qué hacer con tu ropa? [...] guardar unas cuantas [prendas] sencillamente por amor» (p. 38). Su amor le impide desprenderse de la totalidad de la ropa de su mujer, desprenderse de ella misma, evitar que deje de existir.

Barnes (2013/2014), a su manera, también procura atesorar la existencia de Pat:

Comprendí que, en la medida en que mi mujer estaba viva, lo estaba en mi memoria. [...] Si ella estaba en algún sitio, era dentro de mí, interiorizada. Esto era normal. Y era igualmente normal —e irrefutable— que no podía matarme porque entonces también la mataría a ella. Moriría por segunda vez, y mis luminosos recuerdos de ella se perderían en la bañera enrojecida. (p. 110)

Enrojecida por su sangre, porque ha pensado en el suicidio como solución y ha pensado, incluso, en consumir el acto si después de un máximo de dos años no podía vivir sin su mujer (p. 98).

«Solo el amor engendra la maravilla, solo el amor consigue encender lo muerto», nos canta Silvio Rodríguez en *Solo el amor*, canción que compuso inspirándose en versos de José Martí. La maravilla del amor —su fuego milagroso— consigue encender lo muerto, mantener existente al ser amado en la medida que siga existiendo nuestro amor por él; milagro del amor, que existe pese a la muerte del ser amado. El amor no es «hasta que la muerte nos separe», sino que mientras uno de los dos esté vivo mantendrá con su amor la unión con el otro. Barnes (2013/2014) sostiene que «el hecho de que alguien haya muerto puede significar que no está vivo,

pero no significa que no exista» (p. 124). ¿No cuestiona esto la afirmación de Freud en *Duelo y melancolía* (1917 [1915]/1979) de que el ser amado no existe más?

J. Berger (Berger y Berger, 2014/2015) experimenta de diversas maneras y en distintos momentos la amada «presencia» de Beverly.

Te fuiste hace cuatro semanas. Anoche volviste por primera vez. O, para decirlo de otro modo, tu presencia sustituyó a tu ausencia. Estaba escuchando una grabación del *Rondó n.º 2 para piano (op. 51)* de Beethoven. Durante casi nueve minutos, por lo menos, fuiste ese rondó, o ese rondó se convirtió en ti. Contenía tu levedad, tu persistencia, tus cejas arqueadas, tu ternura. (p. 14; cursivas del autor)

Con estas hermosas palabras, John da cuenta de que Beverly sigue existiendo para él: su desaparición, su ausencia, es sustituida por su presencia; reaparece, aunque más no sea, en ese rondó de Beethoven. ¿Su existencia es sostenida por la simbolización? Prosigue: «Estamos escribiendo [junto con su hijo Yves] esta elegía para ti, y es algo parecido a una respuesta a ese rondó» (p. 14). Mientras escribe esas páginas, espera que Beverly le responda.

Más adelante, dice: «Cuando paso en coche por delante del banco, nos veo sentados en él, con las piernas colgando, como sobre la eternidad» (p. 36).

Creo que es necesaria una larga transcripción en la que J. Berger relaciona la «presencia» de Beverly con la eternidad:

Miramos atrás y tenemos la sensación de que estás con nosotros en el momento de mirar. Es absurdo, porque estás más allá del tiempo, donde no existe ni atrás ni adelante. Y, sin embargo, estás con nosotros.

¿Podría ser que de un modo incalculable seamos nosotros quienes nos reunamos (¡brevemente!) contigo en algún lugar más allá del tiempo?

¿Y podría ser que suceda en virtud de la naturaleza de los momentos que recordamos? Momentos que ya eran eternos cuando ocurrieron. (p. 42)

¿Dónde existe Beverly? ¿En el rondó de Beethoven, en los recuerdos sorprendidos o solicitados, en la interioridad, el aparato psíquico de J.

Berger? «Estás más allá del tiempo», le dice este. Y, sin embargo, es posible reunirse con ella, más acá o más allá, en los recuerdos de momentos eternizados. Si no hay inscripción de la muerte propia, lo que hace que «en el inconsciente cada uno de nosotros está convencido de su inmortalidad» (Freud, 1915a/1979, p. 290), si el devenir del tiempo es engendrado por la muerte como límite, podemos atribuir a esa ausencia de inscripción la atemporalidad del inconsciente, donde no hay ni comienzo ni final del tiempo, donde los momentos vivenciados, entonces, cincelan huellas —no más que huellas— impercederas. Donde la representación de la persona amada (las múltiples representaciones-cosa que la constituyen) no será desinvertida, contrariando la pretensión de que, una vez declarada su inexistencia, destino que le atribuye Freud (1917 [1915]/1979), la libido pueda investir a nuevos objetos sustitutivos (Freud, 1916 [1915]/1979). Por el contrario, los recuerdos de cada instante compartido con ella y los pensamientos que la involucran permanecerán sustentados por la libido. No será abandonada a su suerte porque el amor todo lo puede, y no será reemplazada porque es insustituible. Y no es que niegue u olvide la ambivalencia. Tampoco Barnes (2013/2014), quien confiesa:

Y en consecuencia este puente inofensivo [que le recuerda un viaje que había imaginado que harían, pero que nunca hicieron y ya nunca harán] llegó a representar parte de nuestro futuro perdido, todos los impulsos, segmentos y divagaciones de la vida que ahora nunca compartiríamos; pero también las cosas omitidas en el pasado: promesas incumplidas, negligencias, malos modos, momentos en los que no hicimos lo que deberíamos haber hecho. (pp. 115-116)

Dos páginas después, agrega:

Quizá los sueños [en que Pat goza de buena salud y nunca le hace reproches ni lo induce a sentirse culpable] son como son porque hay bastante remordimiento y autorreproche en la vigilia, en el tiempo vivido. Pero son siempre una fuente de consuelo. (p. 118)

A partir de la muerte de la persona amada, se opera —aun de forma retroactiva— una redistribución de las investiduras y del interés, lo que conduce a una valoración diferente de las cosas, de los hechos, relativizando y hasta, en ciertos casos, invirtiendo su importancia. Veamos qué escribió Iman Abdulmajid (2016), esposa de David Bowie, cuando este murió: «A veces no reconoces el verdadero valor de un momento hasta que se transforma en un recuerdo» (párr. 5).

«TRABAJO DE DUELO» Y OBJETO SUSTITUTIVO

Allouch (1995/1996) proclama:

Que el duelo sea llevado a su estatuto de acto. El psicoanálisis tiende a reducir el duelo a un trabajo; pero hay un abismo entre trabajo y subjetivación de una pérdida. El acto por sí mismo es susceptible de efectuar en el sujeto una pérdida sin ninguna compensación, una pérdida a secas. (p. 9)

Sin compensación, sin objeto sustitutivo.

El 26 de enero de 1920, Freud le escribe a Jones: «Ayer he pasado por algo que me hace desear que ese día [el de su propia muerte] no tarde en llegar» (Jones, 1957/1962, p. 29). Se refiere a la muerte de su hija Sophie. Desea morir porque ha muerto su amada hija. Y en una carta a Binswanger del 12 de abril de 1929 (más de nueve años después), luego de decirle que Sophie habría cumplido ese día treinta y seis años, asegura:

Aunque sabemos que después de una pérdida así el estado agudo de pena va aminorándose gradualmente, también nos damos cuenta de que continuaremos inconsolables y que nunca encontraremos con qué rellenar adecuadamente el hueco, pues aun en el caso de que llegara a cubrirse totalmente, se habría convertido en algo distinto. Así debe ser. Es el único modo de perpetuar los amores a los que no deseamos renunciar. (Freud, 1960/1972, p. 141)

Qué lejos quedaron ahora la resolución del duelo y el objeto sustitutivo: Freud vaticina que continuará inconsolable y que el hueco excavado en él por la muerte de Sophie, testigo mudo de lo que ha perdido de ella y de él,

nunca podrá ser rellenado⁴. No hay con quién ni con qué hacerlo: nada ni nadie podrá ocupar ese lugar, colmar ese vacío. O sería algo distinto. Nunca más será lo mismo, nunca más será como antes. La vida ha cambiado y no hay otro modo de custodiar los amores que deseamos perpetuar.

El duelo es único, íntimo —lo que no excluye la necesidad del (de los) otro(s) para encaminar su penoso tránsito—, personal e intransferible: en el caso de la pareja depende de la personalidad de cada uno («Nuestro duelo se ajusta a nuestro carácter», escribe Barnes, 2013/2014, p. 87), de cómo ha sido la relación hasta el aciago tiempo de la enfermedad y la muerte, de la historia propia y de la pareja, de la forma en que se instala y transcurre la enfermedad y acontece la muerte (circunstancias e historia de las mismas), del momento en la vida de cada uno, de la pareja y familiar en que se producen y del vínculo de cada uno —insertados ambos en una determinada trama psicológica, cultural, religiosa, social y económica— con la muerte. Pero, asimismo, el duelo es múltiple porque la muerte del ser amado despliega el montaje reminiscente de los sucesivos períodos vividos con él, en cada uno de los cuales se renuevan su pérdida y el duelo consiguiente. Hasta entonces habían sido mantenidos en la memoria y evocados entre los dos, ya que la memoria es entre dos.

Harry no acepta tomar el cianuro que Rittenmeyer le lleva a la cárcel:

No es que pueda vivir, es que quiero. Es que yo quiero. La vieja carne al fin, por vieja que sea. Porque si la memoria existiera fuera de la carne no sería memoria porque no sabría de qué se acuerda y así cuando ella dejó de ser, la mitad de la memoria dejó de ser y si yo dejara de ser todo el recuerdo dejará de ser. Sí, pensó. Entre la pena y la nada elijo la pena. (Faulkner, 1939/2010, p. 265; cursivas de autor)

Difícil elección, y extremadamente dura. Si sabrá de esto Barnes (2013/2014), que llega a confesar sus deseos suicidas.

No solo ha muerto la mujer amada tal como era en el instante de su muerte, sino todas sus diferentes versiones reveladas a lo largo del tiempo

4 Tampoco el agujero real (Lacan) podrá ser rellenado.

transcurrido. Mientras ella estaba viva, los recuerdos contruidos entre los dos revivían esos períodos. Una vez que ha muerto, ya no es posible.

Te preguntas: ¿en qué medida, en este torbellino de añoranza, la añoro a ella o añoro la vida que tuvimos juntos, o añoro lo que en ella me hacía ser más yo mismo, o el simple compañerismo o el (no tan simple) amor, o todo esto o pedazos superpuestos de cada cosa? Te preguntas: ¿qué felicidad hay en el solo recuerdo de la felicidad? ¿Y cómo, de todos modos, podría haberla, puesto que la felicidad solo ha consistido siempre en el hecho de compartir algo? (p. 98)

La felicidad plena no existe en los recuerdos. En todo caso, serían recuerdos sobre la felicidad brindada por determinados acontecimientos en el tiempo que ocurrieron. El recuerdo está constituido por una pérdida: recordamos aquello que perdimos y no vamos a recuperar. Y aquello perdido e irrecuperable tiñe el recuerdo de tristeza y dolor, a menos que lo podamos recrear y revivir con el otro amado aún vivo.

En el Canto V de *La divina comedia* (Alighieri, ca. 1307-1314/trad. en 2013), Dante hace saber a Francesca su anhelo de conocer el origen del amor que la une a Paolo, junto a quien está condenada en el segundo círculo del *Infierno*. «Y ella me respondió: “No hay dolor más grande que el recordar los tiempos felices en la desgracia; y bien sabe esto tu Maestro”»⁵ (p. 60). Después de siete siglos, su *Comedia* sigue desafiando el paso del tiempo y maravillando con el profundo conocimiento del alma humana que poseía el Poeta. Incluso en el infortunio que supone la condena en el infierno, no hay mayor dolor para Francesca que recordar el tiempo feliz. Y ese tiempo feliz concierne al amor.

Los recuerdos convergen, se entrecruzan, divergen, se *telescopan*, se amontonan, se condensan, se ramifican, nos engañan. La rememoración —tal vez sobreinvertida debido a la función que cumple— de hechos an-

5 «E quella a me: “Nessun maggior dolore/ che ricordarsi del tempo felice/ ne la miseria; e cio` sa 'l tuo dottore”» (Alighieri, ca. 1307-1314/s. f., pp. 346-347); Alighieri, D. (s. f.). *Divina comedia*. (Trabajo original publicado en ca. 1307-1314).

Disponible en: www.ladeliteratura.com.uy/biblioteca/divinacomedia.pdf

teriores al encuentro con nuestra compañera de vida nos resguarda como un refugio: podremos sentir añoranza, nostalgia, pero no dolor (aunque no siempre es así porque no todos los recuerdos son asépticos debido, justamente, a las implacables ramificaciones de sus asociaciones). En esos recuerdos no falta, no ha desaparecido; no está, simplemente, porque todavía no sabíamos de su existencia. Pero el dolor regresa sin cesar, sin piedad (quizá es piadoso con quien ha muerto), porque lo elegimos antes que la nada, no solo para retener parte de la memoria, sino también para preservar nuestro amor y la existencia del que murió. Su representación permanecerá investida, encendida por el triunfo del amor sobre el odio y el olvido, asegurando su persistencia, su vida en la memoria, lo que no obsta a la aceptación de su muerte, no de su inexistencia.

La muerte introduce el duelo en un tiempo sin nombre. Barnes (2013/2014) ubica los acontecimientos posteriores a la muerte de su esposa en el Año Uno, el Año Dos, y así sucesivamente. Está comenzando otra vida, una nueva, al menos diferente a la anterior con su mujer, y es como si se iniciara una nueva era, se inaugurara un calendario nuevo. Y de eso se trata: el dolor, el vacío, la soledad, el desconsuelo perviven en un tiempo desconocido, extraño, anónimo. Un tiempo sin nombre. Y para sacarlo del anonimato es necesario nombrarlo, ordenarlo, numerarlo, inscribirlo en una cronología: Año Uno, Año Dos... Escribe:

El duelo reconfigura el tiempo, su duración, su textura, su función: un día no significa más que el siguiente, ¿y entonces por qué los han distinguido y les han puesto nombres distintos? También reconfigura el espacio. Has entrado en una nueva geografía, con mapas trazados por una nueva cartografía. (p. 103)

Ya antes había manifestado: «Has cruzado el espejo, como en una película de Cocteau, y te encuentras en un mundo donde reinan una lógica y una pauta nuevas» (p. 89).

Me interesa destacar ahora sus reflexiones acerca de la elaboración del duelo y una supuesta superación exitosa del mismo.

Elaboración del duelo. Suena como un concepto muy claro y sólido, con el aplomo de la primera palabra. Pero es fluido, escurridizo, metamórfico. A veces es pasivo, la espera a que el tiempo y el dolor desaparezcan; otras veces es activo, una atención consciente a la muerte y a la pérdida del ser amado; a veces, necesariamente, te distrae (el insulso partido de fútbol, la abrumadora ópera). (p. 127)

Define la «superación» del duelo de una forma tan metafórica como magistral: «lo superas más bien a la manera como una gaviota se libra por fin de la pegajosa mancha de petróleo. Alquitranado y emplumado de por vida» (p. 139). Y en las últimas páginas se pregunta qué es el «éxito» en el duelo. Y se responde que lo que quizá suceda con la aflicción es que

imaginamos que la hemos combatido, que hemos sido resueltos, superado la tristeza, restregado la herrumbre de nuestra alma, y lo que en verdad ha ocurrido es que la aflicción se ha desplazado a otro sitio, ha cambiado su propósito. (pp. 142-143)

Hemos aprendido, en realidad, a convivir, a estar en sintonía con ella, a integrarla a nuestro yo, a no sentirla ajena. Uri —el hijo militar de David Grossman, escritor israelí activista por la paz— murió alcanzado por un misil en la segunda guerra del Líbano. Su padre escribió un libro poético, *Más allá del tiempo*, sobre el fallecimiento de su hijo y su propio duelo interminable. Grossman reveló su convencimiento de que el dolor lo iba a acompañar siempre.

La gente se preocupó por mí. Me decían: ¿Por qué te metes ahí? ¿Por qué no esperas a que se te curen las heridas? Yo les contestaba que, si acaso, el tiempo ya lo curaría. O no. Soy de los que sospechan de las recuperaciones rápidas. No quiero distraerme para lograr no estar en contacto con el dolor. Lo que me pasó fue demasiado doloroso, pero ahora es parte de quien soy. Y yo quiero ser yo. (Grossman, citado por Juan Cruz I, 24 de diciembre de 2013, párr. 16)

Aserción escalofriante y elocuente.

«Toda historia de amor es una potencial historia de aflicción» (Barnes, 2013/2014, p. 84). Historia potencial que se actualiza, se realiza, cuando se produce la pérdida del ser amado; más aun, cuando la pérdida es ocasionada por la muerte a secas. Aflicción que no es depresión, sino una tristeza debida porque va a suceder necesariamente a la muerte, la que no pone punto final ni a la existencia ni al amor, aunque sí a la vida. (Podríamos establecer una ética del duelo, como hay también una ética del deseo y de la muerte, a la que eventualmente agregaría una del amor). «Los afligidos no están deprimidos, sino solo debida, adecuada, matemáticamente tristes (“el dolor es directamente proporcional al valor de lo que hemos perdido”）」 (p. 88). Sin embargo, como ya he dicho, Barnes confiesa sus pensamientos suicidas. Pero ¿tales pensamientos y la depresión son correspondientes? Cuando el valor de lo que hemos perdido nos es tan importante que supone una enorme pérdida en nosotros mismos, en nuestro propio yo, despojado por la muerte que no pide permiso para su siega cruel, ¿no es comprensible que no queramos seguir viviendo? Una enorme pérdida. Tan enorme que, después de treinta años de vivir juntos, Barnes siente que ha quedado reducido a nada. Peor aun, podría ser caracterizado por un «-», un menos, un signo negativo:

Juntas a dos personas que nunca habían estado juntas. [...] a veces funciona y se crea algo nuevo y el mundo cambia. Después, tarde o temprano, en algún momento, por una razón u otra, una de las dos desaparece. Y lo que desaparece es mayor que la suma de lo que había. [Si amar es «dar lo que no se tiene», Barnes nos estaría ofreciendo una confirmación]. Esto es quizá matemáticamente imposible, pero es emocionalmente posible. (p. 83)

¿Quién está muerto? De los dos, por supuesto. Una amiga me contó que en los primeros tiempos que siguieron a la muerte de su marido se hacía esa pregunta.

EL DUELO PATOLÓGICO ¿EXISTE?

Ni Freud —*Duelo y melancolía* (1917 [1915]/1979)— ni Klein —*El duelo y su relación con los estados maniaco-depresivos* (1940/1983)— reflexionaron sobre el duelo independientemente de la melancolía y la manía. Quizá con-

tribuyeron así a que el duelo perdiera su especificidad y se le atribuyeran, además, formas patológicas, próximas a la melancolía o la manía. Klein (1940/1983) incluso lo consideró una enfermedad: «El sujeto en duelo es realmente un enfermo» (p. 288). ¿Se elabora el duelo, se supera? Yo prefería hasta hace un tiempo los términos *tramitar* o *procesar*, pero ahora tampoco me conforman: considero que hacer el duelo es transitar a tuestas por un camino casi intransitable, con avances, caídas y retrocesos, del cual cada uno saldrá a su manera, como y cuando pueda (en el tiempo que necesite), si es que puede⁶. Pero, en el mejor de los casos, «alquitranado y emplumado de por vida». Muy lejos de la *restitutio ad integrum* tan cara a la medicina, al menos en cierta época no muy lejana. Pero tal parece ser la ilusión de Freud (1916 [1915]/1979): el completo restablecimiento de un estado anterior, un retorno sin siquiera cicatrices (ni alquitranado ni emplumado). Veamos qué nos propone: «Sabemos que el duelo, por doloroso que pueda ser, expira de manera espontánea. Cuando acaba de renunciar a todo lo perdido, se ha devorado también a sí mismo, y entonces nuestra libido queda de nuevo libre para, si todavía somos jóvenes y capaces de vida, sustituirnos los objetos perdidos por otros nuevos que sean, en lo posible, tanto o más apreciables» (p. 311). Sustitución imposible: si esa persona fuera sustituible, no fuera para nosotros irremplazable, no haríamos el duelo por ella. Y, encima, ¿sustituible por alguien más apreciable?

Si cada uno transita el duelo como puede, ¿debemos distinguir dos categorías de duelos?, ¿debemos hablar de duelos normales y duelos patológicos? ¿En base a qué: duración, conjunto de las manifestaciones, intensidad de las mismas? El duelo es algo subjetivo, íntimo, y su duración (no pueden existir normas que la pauten) no tendría que definir un duelo como normal o patológico. Allouch (1995/1996) cuestiona la noción freudiana de «trabajo de duelo» y se pregunta por qué Freud no pensó el duelo como traumatismo:

6 En la película *Truman* (2015) —dirigida por Cesc Gay—, Julián, encarnado por Ricardo Darín, padece una enfermedad terminal. En cierto momento, afirma que cada uno se muere como puede. La muerte es siempre terrible, tanto para el que sabe que se está muriendo como para el (los) doliente(s). Y cada uno transita el duelo también como puede. Gay, C. (director). (2015). *Truman* [cinta cinematográfica]. España/Argentina: Audiovisual Aval SGR, BD Cine, Canal+, Fox+.

Se hubiera podido situar así la temporalidad del duelo gracias a la del *après-coup* (consustancial a la noción de traumatismo), cuando en la versión freudiana persiste la mayor vaguedad en lo que concierne al tiempo del duelo. (p. 129)

Sin duda, la muerte de un ser amado es traumática. Es más: es un trauma ocasionado por la más desconsiderada de las tragedias, impensable e inimaginable hasta que es vivido en carne propia (literalmente, ya que el cuerpo —la carne— es incapaz de permanecer ajeno al dolor y sufrimiento psíquicos). Pero cuando de la muerte se trata, no hay una conexión de dos escenas que otorgue a la primera su valor patógeno. Lo que sí habría serían sucesivas resignificaciones —recuerdos y vivencias mediante— que permitirían reconocer la magnitud de la pérdida, la violencia inusitada del traumatismo con su inicial secuela de estupefacción, instaladas en un tiempo subjetivo diferente al devenir cronológico. En un tiempo sin nombre. Las muertes no son autónomas respecto de aquellas otras que las precedieron o las sucederán: una muerte ocasiona una remoción de muertes anteriores y las resignifica, así como ya está enlazada —augurándolas— con las que vendrán.

No se puede pensar un «trabajo de duelo» similar al trabajo del sueño, con los mismos mecanismos inconscientes, pero si consideráramos que aquel es homogéneo con este, su duración sería puesta en cuestión por la atemporalidad de lo inconsciente. Si los procesos anímicos inconscientes —raíces de un pretendido «trabajo de duelo»— no se modifican por el transcurso del tiempo (Freud, 1915b/1979, p. 184), mal puede un duelo llegar a buen puerto. Entiéndase esto, en caso de concordar con Freud (1917 [1915]/1979), como la constatación de la inexistencia del objeto y el consiguiente desasimio de la ligazón con él⁷ (p. 252). El tiempo del duelo estaría, entonces, en un caso, situado en la temporalidad del *après-coup* o, en otro, atascado en la atemporalidad de lo inconsciente.

7 Klein (1940/1983), contrariamente a Freud, sostiene que «el trabajo de duelo» concluye cuando «el individuo reinstala dentro de él sus objetos de amor perdidos reales y al mismo tiempo sus primeros objetos amados» (p. 301).

Los sueños pueden ayudarnos a transitar el duelo; ser un consuelo, como dice Barnes. En sus sueños, Pat goza de buena salud; en los míos, junto al deseo de que Nelly estuviera viva, en los primeros meses aparecía facilitado el camino hacia la muerte. Por otro lado, considero que no hay sueños patológicos: hay sueños a secas, que difieren según las diversas estructuras psicopatológicas de los individuos que los sueñan. También el duelo, como la muerte que lo origina, es a secas. No hay duelos patológicos: los duelos, como los sueños, pueden inscribirse en una estructura psicopatológica determinada que le otorga sus caracteres. Según Allouch (1995/1996), Marguerite Anzieu en (con) su locura hace el duelo por su hija muerta al nacer (p. 18). Pero su duelo psicótico no es un duelo patológico, sino una psicosis, aunque, al fin y al cabo, sea la forma de hacer su duelo. Podemos pensar que también la manía o la melancolía pueden ser formas de hacer el duelo por la muerte de un ser querido. Pero el duelo no les proporciona sus síntomas, sino que es acogido en ellos —diría que el duelo es «tragado» por la melancolía o la manía, y no a la inversa—, aunque debo admitir que en algunas ocasiones la muerte de un ser querido actúa como desencadenante de la locura. Aquí no hay ningún «trabajo de duelo».

Con cierta frecuencia y, a veces, al poco tiempo, se produce la muerte de quien perdió a su cónyuge o un hijo o una hija. ¿Deberíamos considerar esta muerte como una imposibilidad de hacer el duelo? ¿o como el desenlace de un duelo patológico? ¿Qué exceso de duelos patológicos habría entonces!

¿Y qué destino le damos al traumatismo? «El duelo por mi hermano lo había neutralizado casi por completo mediante abreacción a lo largo de la evolución, jalonada de esperanzas truncadas, de su enfermedad; de modo que su muerte y entierro me emocionaron, pero no despertaron en mí ninguna desesperación ni sufrimiento profundo» (Freud y Ferenczi, 2001, p. 47), le escribe Ferenczi a Freud el 18 de febrero de 1912, días después de la muerte de un hermano. ¿Es suficiente con la abreacción? Además, ¿abreacción casi completa y durante la evolución de la enfermedad, o sea, previa a la muerte? ¿Tendremos que reconsiderar la pertinencia del «trabajo de duelo»? ¿O bucaremos en la subjetivación de la pérdida? Dejemos hablar a Barnes (2013/2014):

Al principio sigues haciendo lo que solías hacer con ella, por familiaridad, amor, necesidad de una pauta. Pronto te percatas de la trampa en que has caído: atrapado entre lo que hacías con ella, pero sin ella, y por lo tanto añorándola; o haciendo cosas nuevas, cosas que nunca hiciste con ella, y por lo tanto añorándola de otro modo. (p. 108)

Es una trampa sin salida: no la hay porque ella ya no está y su ausencia es irreversible. Pese a que desea (añora) un objeto imposible, lo que hace de su deseo un deseo imposible, de imposible satisfacción, apela a un juego fantasmático, imaginario, de presencia-ausencia que le permita instalar la simbolización como «solución»⁸:

Así pues, hablo con ella continuamente. Es algo tan normal como necesario. [...] Externalizo a mi mujer sin esfuerzo y de un modo natural porque ahora la he internalizado. La paradoja del luto: si ya he sobrevivido a cuatro años de su ausencia es porque viví cuatro años de su presencia. (p. 125)

Otra forma de hacer el duelo con ella, entre dos. Pero no se engaña: algo más adelante dice que perdió a su compañera de duelo (p. 126). Y ya había dicho:

Cuentas continuamente cosas para que el ser amado lo «sepa». No cejas en tu empeño por más que seas consciente de que te estás engañando (aunque, si lo eres, al mismo tiempo no te engañas). Y todo lo que hagas posteriormente es más pobre, más endeble, importa menos. No produce eco: no hay textura, ni resonancia, ni profundidad de campo. (p. 122)

A mi entender, subjetivar la pérdida implica reconocerla y acogerla dentro de sí. Supone internalizarla, «apropiarse» de la falta, de la muerte del ser amado, del ser amado muerto; supone impedir que la pérdida sea perdida, evitar la pérdida de la pérdida. Solo así podrá ser simbolizada,

8 Contribuye igualmente a la simbolización —así como también lo hacen los ritos funerarios— el recurrir a la escritura para darle palabras al dolor y, haciéndolo público —publicándolo—, compartirlo.

incluida en una cadena significativa, en un entramado de representaciones, en una malla de recuerdos, y externalizada, «devuelta» con una «escritura diferente». Solo así el ser amado estará muerto, pero no inexistente.

De un trabajo de Vázquez y Cattivelli (2000), transcribiré un fragmento del *Coloquio con la madre*, epílogo de la película *Kaos*, dirigida por los hermanos Taviani, adaptación libre de *Novelle per un anno*⁹ de Luigi Pirandello:

Madre: No llores... me debes pensar como aquí, ahora, viva.

L. Pirandello: Sí, viva te veo pero no lloro por eso. Te pienso, te imaginaré siempre como ahora, pero lloro por otra cosa, lloro porque tú no puedes pensar en mí... Cuando estabas sentada aquí, en ese ángulo yo decía: si ella desde lejos me viera yo estoy vivo para ella, y esto me sostenía y me confortaba. Ahora que estás muerta y no me piensas más yo ya no estoy vivo para ti, y no lo estaré más. (p. 221)

Cuando muere un ser querido, algo nuestro muere con él. Estar vivo para el otro es ser amado, pensado, recordado, simbolizado por él. Haremos, por tanto, el duelo por él cuando su muerte haga que nos falte y ya no nos piense más, no nos re-presente más, no pueda ya recordarnos, no nos tenga más ni en su cabeza ni en su corazón. Su muerte no impide, en cambio, que sostengamos su existencia si podemos seguir pensándolo (pensándolo vivo, como el muerto, a su vez, demanda desde ese lugar de la falta), si somos capaces tanto de aceptar su muerte real como de inmortalizarlo al mismo tiempo en nuestra memoria.

LAS IDENTIFICACIONES EN LOS DUELOS

En un excelente trabajo, Ihlenfeld de Arim (1998) examina la identificación de una niña, Esther, con su madre. Esther inició su análisis a los seis años; su madre murió dos años después en un accidente automovilístico. Luego de esta muerte, la niña concurrió durante mucho tiempo a

las sesiones vestida con un buzo negro y blanco a rayas que había pertenecido a su madre, y permanecía «sentada, quieta, sin hablar, con expresión lívida pero sin llorar» (p. 45). No me voy a detener en los comentarios de la autora con los que, en buena medida, coincido. Las rayas, la alternancia del negro y el blanco, quizá aludan a la coexistencia en ella de la vida (una vida que ha quedado en blanco) y la muerte, de la madre viva (revivida bajo el buzo que esta había usado en vida) y de la madre muerta, de la muerte misma (la imagen lívida, de silenciosa inmovilidad).

«La muerte llama a la muerte», dice Allouch (1995/1996, p. 40; entre comillas en el original). Una analizante cuya abuela había muerto muchos años antes soñó una noche que esta salía de su tumba y la llamaba para que fuera con ella, pero se encontraba con la negativa de la nieta a acompañarla. A partir de ese momento, se sintió más aliviada. ¿La identificación imaginaria de la niña analizada por Ihlenfeld de Arim sería una manera de invertir ese llamado, trayendo ella a su madre muerta? También la vida llama a la vida. No en el sentido de Freud, que requiere un controversial «examen de realidad», el cual probaría que el objeto amado ya no existe más, y el sobreviviente, para no correr la misma suerte, optaría por desinvertirlo. La llama de tal modo que el doliente se identifica con el ser amado muerto, pero en cuanto vivo, como una forma de reintegrarlo a la vida y recobrar lo que ha perdido en él. Así como la muerte llama al vivo a la muerte, la vida llama al muerto a la vida. El vivo, aquel que ha sobrevivido, llama al muerto a la vida. Es así como Esther le da vida a su madre debajo del buzo a rayas (otra inversión: fue su madre quien primero le dio a ella la vida) y mi analizante sueña con su abuela levantándose de su tumba y convocándola, para lo cual es necesario que esté viva, por lo menos en ese instante antes de regresar a su sepulcro. Y es así como el muerto aparece frecuentemente vivo en los sueños o se le cree ver en la calle o en cualquier otro lugar en el que haya alguien con rasgos similares. También por muy breve tiempo. ¿Cómo podríamos confiar, sin ser incautos, en el «examen de realidad» si esta es engañosa, aun cuando lo fuera fugazmente?

MÁS SOBRE EL AMOR. EL *AGALMA*. LA HERIDA NARCISISTA

La elegía de John e Yves Berger (2014/2015) se inicia con estas conmovedoras palabras de Yves: «*Mamá, estoy a punto de inaugurar mi primera exposición en Londres. Cuánto te echo de menos. Sé lo contenta que estarías*» (p. 10, cursivas del autor).

Es un bello ejemplo de que

solo estamos de duelo por alguien de quien podemos decirnos *Yo era su falta*. Estamos de duelo por personas a quienes hemos tratado bien o mal y respecto a quienes no sabíamos que cumplíamos la función de estar en el lugar de su falta. (Lacan, 1962-1963, p. 155)

Es decir, en el lugar del objeto *a* —objeto causa del deseo— como falta. Allouch (1995/1996), empleando unos términos que toma de *El banquete* de Platón (ya utilizados en su seminario sobre *La transferencia* por Lacan, 1960-1961/2003), sostiene que «por su muerte, el muerto adviene como eromenós, detentador del *agalma* (el pequeño trozo de sí de inestimable valor); quien está de duelo se halla pues, brutalmente, salvajemente y públicamente puesto en posición de erastés, de deseante» (p. 31). Pero en el duelo no se trata de la transferencia. O, ineludiblemente, sí se trata, pero de un modo diferente al de la transferencia en la cura psicoanalítica. El analista ocupa el lugar del muerto, pero no lo está; no es más que un lugar, una función. En el duelo hay una reciprocidad, un entrecruzamiento de erastés y eromenós. Yves añora a Beverly al tiempo que mantiene su posición de eromenós, deseado como poseedor del *agalma*: su brillo, su éxito en el arte. Siguiendo esta línea de pensamiento, escuchemos a Barnes (2013/2014):

Es cierto que parte de mi congoja se centra en mí mismo —mira lo que he perdido, mira cómo se ha empobrecido mi vida—, pero más, mucho más, y ha sido así desde el principio, en ella: mira lo que se *ha* perdido, ahora que ha perdido la vida. (p. 96, cursivas del autor)

La pérdida no es solo del sobreviviente por lo que se ha llevado el ser amado muerto (el pequeño trozo de sí): es también de este por lo que ha

dejado. Como hemos visto, la madre de Pirandello le demanda que la piense viva.

Sin embargo, en el duelo no podemos obviar la dimensión del amor (algo ya he dicho al respecto), que excede las consideraciones anteriores, denunciando su insuficiencia. «En el amor resalta una dimensión donde predomina la unidad, la totalidad; en síntesis: la síntesis, la estructura narcísica» (Harari, 1987, p. 187). El *agalma* (el pequeño trozo de sí) no lo es todo, no puede dar cuenta de todo.

El amor de J. Berger (2014) por Beverly se manifiesta de manera perturbadora cuando, en las condiciones más penosas del deterioro producido por la enfermedad, no cesa de verla bella, «incomparablemente bella» (33). Belleza que asienta la permanencia de Beverly, su existencia: «La belleza de tu valentía te acompañó hasta el final. Y, desafiando el tiempo, se ha quedado con nosotros. Llena el silencio» (34).

La identificación con el ser amado muerto procura desafiar el tiempo, colmar el silencio, restablecer la unidad, la estructura narcísica (aunque estas —la unidad y la estructura narcísica— se corresponden más estrictamente con el enamoramiento que con el amor). Con incomparable lucidez, que su dolor no alcanza a empañar, Barnes (2013/2014) nos alerta:

Pero en el duelo hay muchas trampas y peligros, y el tiempo no los atenúa. La autocompasión, el aislamiento, el desprecio del mundo, el egotismo de creerse excepcional: todos ellos aspectos de la vanidad. Mira cuánto sufro, hasta qué punto los demás no comprenden: ¿no demuestra esto lo mucho que amé? [...] El duelo también puede ser competitivo: mira cuánto le o la amé y lo demuestro con mis lágrimas (y gano el trofeo). (pp. 137-138)

En tales circunstancias, el dolor genera un placer y una gratificación de índole narcisista que resarcan al doliente, aunque más no sea que de forma precaria, de la pérdida sufrida en el yo como consecuencia del quiebre, diría de la demolición, de la estructura narcísica.

Freud no es ajeno a esto. En una carta a Ferenczi del 4 de febrero de 1920, a los 10 días del fallecimiento de Sophie, le confiesa:

«Las invariables y recurrentes horas del deber» [cita de Schiller] y «El caro y encantador hábito de vivir» [cita de Goethe] contribuirán a que todo vuelva a ser como antes. En el fondo de mi ser siento, no obstante, una herida amarga, irreparable y narcisista. (Freud, 1960/1972, p. 94)

La muerte del ser amado nos desgarrá hasta nuestras profundidades, nos abre una herida narcisista honda y perdurable. No habrá reparación de la herida ni recuperación de lo que por allí hemos perdido de nosotros mismos. No habrá *restitutio ad integrum*: es irreversible. Y por ende, al oponerse la realidad al deseo, nada será como antes. Freud procura, inútilmente, desmentir esa nueva realidad.

La gratificación narcisista suministrada por el dolor (al que pretende compensar, de la misma manera que intenta restañar la herida, impedir la prosecución de la hemorragia —vano intento, pues la herida permanecerá abierta) no se limita a los duelos por la muerte de seres queridos. Hace algunos años, una analizante me confió: «Soy la monopolista del infierno». Esta dramática definición de sí misma sustentaba su comprometida identidad —*soy*— al mismo tiempo que afirmaba su omnipotencia narcisista, en procura de mitigar, hasta donde ello fuera posible, su sufrimiento, su terrible dolor vinculado a una pérdida en su cuerpo que le había causado una importante discapacidad. Monopolizar el infierno era, para ella, ganar el siniestro trofeo que la resarciera de su impotencia.

Y, POR ÚLTIMO, ¿DUELO TERMINABLE O INTERMINABLE?

Nacemos y morimos con el otro. Para hacer el duelo también necesitamos del otro. Barnes (2013/2014) nos refiere que demoró varios días en reaccionar ante el suicidio del hijo de unos amigos porque le faltaba Pat, su compañera de duelo (p. 126). ¿Qué hacer, entonces, si quien muere es justamente esa compañera de duelo? ¿Cómo hacer el duelo por ella? Barnes le habla a Pat, como yo también lo hago con Nelly, mientras que J. Berger (Berger y Berger, 2014/2015), en su elegía, se dirige directamente a Beverly.

Allouch (1995/1996), quien critica la identificación con el objeto perdido (pp. 140-141), escribe: «La identificación está al servicio del acto; no se trata, esencialmente, de un acto de identificación» (p. 141). Creo, como

él, que no se trata de sustituir por identificación al objeto insustituible (p. 139), lo que supondría una contradicción. Se trataría más bien de poderlo externalizar (acto, según pienso, a cuyo servicio estaría la identificación) por haberlo internalizado —simbolizado (¿subjektivado?)—, tal como lo expresa Barnes. Y de este modo poder afrontar y transitar el duelo entre los dos. Procurando recuperar el *nosotros* diluido en *yo*. Procurando recuperar también el imprescindible soporte narcisista perdido que la mirada proporciona: verme mirado. Sostén imaginario, asevera Nasio (1990/1991), que el otro significaba para mí cuando vivía: «mi propia imagen devuelta por el otro vivo y amado» (p. 110). Y procurando recobrar por esa vía la voz del otro, envoltura sonora que también me sostenía.

Cierro estas páginas con la conjetura de que es muy difícil, si no imposible, establecer una teoría única, abarcadora, inclusiva, del duelo: no es unívoco, no es transitado de la misma manera por todos los supérstites. Tiene un carácter impar, personal, íntimo e intransferible. Es, en gran medida, un enigma. Su final, si lo tiene, es privativo e incierto. No hay garantía de terminación, aunque algunos autores, pienso que con cierta precipitación y, muchas veces, en franca oposición —lo vimos en Freud y Klein—, describen los procesos que, según ellos, nos conducirían a una solución exitosa de los duelos. El cambio de postura que Freud evidencia en algunas de sus cartas posteriores a la muerte de Sophie no aparece en sus artículos ulteriores. Allouch (1995/1996), quien centra el duelo en la pérdida del pequeño trozo de sí, considera que

no hay subjetivación de la pérdida del duelo sin pérdida de ese suplemento; no es sino al ser perdido, graciosamente sacrificado, que ese suplemento satisface su función de hacer posible la pérdida de aquel que ha sido perdido. Así, de desaparecido ese alguien adquiriría el estatuto de inexistente. Así dejaría posiblemente de aparecer, como un fantasma [*fantôme*]¹⁰ o una alucinación. (p. 413)

10 Entre corchetes y en francés y cursiva en la traducción al español.

Al final de *Erótica del duelo en el tiempo de la muerte seca*, admite que el «gracioso sacrificio de duelo» (p. 420) puede o no cerrarse, dependiendo de la presencia o ausencia de su exposición, rasgo distintivo determinante.

Aceptar que el ser amado ha muerto, aprender a convivir con el dolor¹¹ ocasionado por su desaparición y salvaguardar su existencia en nosotros manteniéndolo investido con nuestro amor son mojonos o quizá el destino definitivo al que nos conduzca el camino trazado por el duelo si tenemos la suficiente fortaleza para recorrerlo. ♦

11 Convivir con el dolor —y no solo en los duelos— no significa que debamos mantenerlo peligrosamente recluso dentro de nosotros. A Frida Kahlo, que bien sabe de esta convivencia por haber soportado el dolor con enorme entereza durante una vida saturada de penurias, se le atribuye una frase que corrobora lo dicho anteriormente: «Amurallar el propio sufrimiento es arriesgarte a que te devore desde el interior». Su enorme talento artístico le facilitó la exteriorización del suyo, reflejándolo(se) en su pintura.

RESUMEN

El duelo por antonomasia es el duelo por la muerte de un ser amado. Se considera principalmente el duelo por la muerte de la compañera, indisolublemente unido al amor, que es su razón de ser.

El duelo es único, íntimo —lo que no excluye la necesidad del (de los) otro(s) para encaminar su penoso tránsito—, personal e intransferible. Pero, asimismo, es múltiple, porque la muerte del ser amado despliega el montaje reminiscente de los sucesivos períodos vividos con él, en cada uno de los cuales se renuevan su pérdida y el duelo consiguiente.

Se revisan aspectos tales como el trabajo de duelo, el objeto sustitutivo, el duelo patológico, el papel de las identificaciones, el quiebre de la estructura narcísica. Es muy difícil, si no imposible, establecer una teoría única, abarcadora, inclusiva, del duelo: no es unívoco, no es transitado de la misma manera por todos los supervivientes. Su final, si lo tiene, es privativo e incierto.

Aceptar que el ser amado ha muerto, aprender a convivir con el dolor ocasionado por su desaparición, salvaguardar su existencia en nosotros manteniéndolo investido con nuestro amor son mojones o quizá el destino definitivo al que nos conduzca el camino trazado por el duelo si tenemos la suficiente fortaleza para atravesarlo.

Descriptores: AMOR / DUELO / ESCRITURA / VIUDEZ / IDENTIFICACIÓN / HOMBRE / MUERTE

Persona-tema: BERGER, J. / BARNES, J.

Obra-tema: NIVELES DE VIDA / BARNES, J.

SUMMARY

The quintessential mourning process is the mourning of the person loved. There is a central consideration of the mourning for the death of the partner, insolubly bound to love, the reason for its existence.

The mourning process is unique, intimate —which excludes the need for the other(s) in order to deal with its painful transition—, personal and non-transferrable. But, at the same time, it is multiple because the death of the loved one displays the staging of reminiscences of successive periods of time lived with him, every one of which renew its consequent feelings of loss and mourning.

The paper reviews different issues such as the work of mourning, the substituting object, the pathological mourning, the role of identifications and the breakdown of the narcissistic structure. It is very difficult, if not impossible, to establish a unique, all-embracing, inclusive theory of the mourning process: it is not univocal, it is not experienced in the same way by all survivors. Its end, if there is one, is exclusive and uncertain.

Accepting that the loved one has died, learning to live with the pain caused by his death, safeguarding his existence in us, keeping him invested with our love, are milestones or perhaps the final destination reached by the path opened by the process of mourning, if we have enough strength to go through it.

Keywords: LOVE / MOURNING / WRITING / WIDOWHOOD / IDENTIFICATION / MAN / DEATH

Author-subject: BERGER, J. / BARNES, J.

Work-subject: NIVELES DE VIDA / BARNES, J.

BIBLIOGRAFÍA

- Abdulmajid, I. (11 de enero de 2016). Esposa de David Bowie deja conmovedores mensajes antes de la muerte de su marido. *Tele13 Radio*. Disponible en: <http://www.t13.cl/noticia/tendencias/espectaculos/iman-esposa-david-bowie-escribe-emotivos-tweets-previos-muerte-del-cantante>
- Alighieri, D. (trad. en 2013). *La divina comedia*. Barcelona: Océano. (Trabajo original publicado en ca. 1307-1314).
- Allouch, J. (1996). *Erótica del duelo en el tiempo de la muerte seca*. Buenos Aires: Edelp. (Trabajo original publicado en 1995).
- Barnes, J. (2014). *Niveles de vida*. Barcelona: Anagrama. (Trabajo original publicado en 2013).
- Berger, J. y Berger, Y. (2015). *Rondó para Beverly*. Buenos Aires: Alfaguara. (Trabajo original publicado en 2014).
- Butazzoni, F. (2014). *Las cenizas del cóndor*. Montevideo: Planeta.
- Faulkner, W. (2010). *Las palmeras salvajes*. Madrid: Siruela. (Trabajo original publicado en 1939).
- Freud, S. (1972). *Epistolario II (1891-1939)*. Barcelona: Plaza & Janés. (Trabajo original publicado en 1960).
- (1979). *De guerra y muerte: Temas de actualidad*. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 14, pp. 273-304). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1915a).
- (1979). *Duelo y melancolía*. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 14, pp. 235-256). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1917 [1915]).
- (1979). *Inhibición, síntoma y angustia*. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 20, pp. 71-164). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1926 [1925]).
- (1979). *La transitoriedad*. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 14, pp. 315-312). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1916 [1915]).
- (1979). *Lo inconsciente*. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 14, pp. 153-214). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1915b).
- Freud, S. y Ferenczi, S. (2001). *Correspondencia completa, 1912-1914* (vol. 1.2). Madrid: Síntesis.
- Harari, R. (1987). *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis, de Lacan: una introducción*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Hornstein, L. (24 de septiembre de 2015). Apertura de ser dos. *Página12*. Disponible en: www.pagina12.com.ar/diario/psicologia/9-282325-2015-09-24.html
- Ihlenfeld de Arim, S. (1998). Duelos en la infancia. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 88, 39-54.
- Jones, E. (1962). *Vida y obra de Sigmund Freud* (vol. 3). Buenos Aires: Nova. (Trabajo original publicado en 1957).
- Juan Cruz I. (24 de diciembre de 2013). Una lucha desde el dolor. *El País*. Disponible en: <http://www.elpais.com.uy/domingo/lucha-dolor-david-grossman.html>
- Klein, M. (1983). El duelo y su relación con los estados maniaco-depresivos. En M. Klein, *Contribuciones al psicoanálisis* (pp. 279-301). O. C. t. II. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1940).
- Lacan, J. (2003). *El seminario de Jacques Lacan, libro 8: La transferencia*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1960-1961).
- (2006). *El seminario de Jacques Lacan, libro 10: La angustia*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1962-1963).
- Nasio, J. D. (1991). *El dolor de la histeria*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1990).
- Vázquez, M., Cattivelli, A. (2000). Grupo de estudio coordinado por Casas de Pereda, M. Construir la falta. En Asociación Psicoanalítica del Uruguay, *Los duelos y sus destinos. Depresiones, hoy* (vol. 1, pp. 214-221). Montevideo: Asociación Psicoanalítica del Uruguay.